

de el millón á paseo; de lo contrario el burgués no le perdonaría jamás; escasearía en la obra de un modo repugnante la nobleza inefable; y os ruego que no creáis que el burgués sea capaz de contradecirse. Desechad todo temor: á la feliz pareja no le faltará el millón; este es inevitable y llega en el desenlace como recompensa á la virtud. El burgués permanece fiel á sí mismo. Por fin, *Gustavo* se apodera del millón y de *Cecilia*, y entonces empiezan las fuentes inevitables, los gorros de algodón, el chapaletéo, etc. De este modo se reúnen un verdadero caudal de sentimiento y una enorme cantidad de nobleza inefable; y con ellos se reúne *Beaupré*, que triunfa, y aplasta á todo el mundo con sus virtudes familiares; y sobre ellos, sobre ellas, sobre todas las cosas, aparece el millón, con categoría de hado, de ley de la naturaleza, al cual sean dados todo honor, todo culto y toda gloria, etc., etc.

«*Riquín*» y «*mi palomita*» salen del teatro enteramente satisfechos, calmados y consolados. *Gustavo* les acompaña, y ayudando á la «*palomita*»... del otro á subir al carruaje, le besa la mano con muchísima dulzura. Estamos en el mejor de los mundos.



BAAL

UNIVERSITY OF CALIFORNIA
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO PÉREZ DE
 Apdo. 1000 MONTERREY, MEXICO



IMPRESIONES DE LONDRES

No he pasado más que ocho días en Londres y—exteriormente al menos— ¡con qué vastas imágenes, con qué vivas disposiciones (disposiciones originales, no adaptadas á una sola medida) se ha grabado en mi memorial

Cada rudeza, cada contradicción, vi- viendo al lado de su antítesis y obsti- nándose en no desistir de su esencia, se oponen entre sí, y evidentemente no se excluyen.

Todo eso parece defenderse con en- carnizado afán, y vive con su propia existencia sin causar la menor molestia á lo contiguo. Y, con todo, se halla tam- bién aquí la lucha sorda, testaruda, in- veterada, la lucha á muerte de los prin- cipios personales que imperan en todo el Occidente, con la necesidad de enten-

derse por buenas ó por malas, de formar de cualquier modo una comunidad y de organizarse en el mismo hormiguero. No importa que no se pase de hormiguero; pero no hay más remedio que organizarse sin mordiscarse los unos á los otros por temor al advenimiento de una declarada antropofagia.

En lo que se refiere á esta cuestión, se nota por otra parte el mismo fenómeno parisién, la misma tendencia desenfrenada á mantener por desesperación el *statu quo*, á arrancarse todos los deseos y todas las esperanzas, y á maldecir el propio porvenir—pues les falta la fe en él aun á los mismos jefes del partido del progreso—y á adorar á BAAL.

Con todo, os ruego que no os dejéis arrebatar por las palabras sublimes; sólo los que ejercen cura de almas tienen conciencia de ese hecho, que sólo se dibuja inconscientemente, instintivamente en las funciones vitales de la muchedumbre.

Pero en París, por ejemplo, el burgués está á sabiendas casi contentísimo, vive en la seguridad de que todo está como debe, y se sentiría pronto á vapulearos si os veía capaces de dudarle; os pegaría, sí, pues hasta el presente sigue temiendo algo, á pesar de su seguridad.

En Londres ocurre lo mismo; pero ¿de qué proporciones tan monstruosas son

las imágenes que os oprimen! Aun exteriormente ¡qué abismo separa á Londres de París!

¡Oh, esa ciudad, inmensa como el mar, que se agita de día y de noche, ese rumor y ese aullido de las máquinas, esos ferrocarriles que pasan sobre las casas (pronto pasarán debajo de ellas) esa intrepidez en las empresas, que en realidad no es otra cosa que el grado más elevado del orden burgués, ese Támesis saturado de venenos, ese aire impregnado de carbón de piedra, esos paseos espléndidos, esos rincones atroces de la ciudad, como Whitechapel, donde pulula una población salvaje, semi-desnuda y hambrienta; la ciudad con sus millones y su comercio cosmopolita, el palacio de cristal, la exposición universal...! ¡Sí, la exposición es asombrosa!...

Os dáis cuenta de una fuerza terrible que ha reunido esa muchedumbre interminable, venida de todos los parajes de la tierra y acumulada en un solo rebaño; reconocéis un pensamiento gigantesco; os dáis cuenta de que aquí se ha obtenido ya algo, que aquí están la victoria y el triunfo.

Y aun os parece que empezáis á temer alguna amenaza. Sí, por independiente que seáis, empezáis á temer. ¿No sería todo eso un ideal, el ideal obtenido? pen-

sáis. ¿No es eso el desenlace? ¿No es eso el «único rebaño»? ¿No será preciso aceptarlo definitivamente como verdad perfecta y callarse para siempre?

Todo eso es tan triunfante, tan victorioso y altanero, que empezáis á respirar penosamente.

Contempláis esos centenares de miles, esos millones de hombres, llegados humildemente de toda la superficie terrestre, esos hombres llegados con una sola idea, que permanecen fijos y silenciosos, con tranquila tenacidad, en ese palacio colosal, y tocáis materialmente que se ha realizado algo definitivo: se ha realizado y se ha llevado á feliz término.

Parece una imagen bíblica, algo así como Babilonia, una profecía del Apocalipsis, lo que se realiza ante vuestros ojos.

Comprendéis que se necesitaría una resistencia enorme y secular, una negación secular y enorme, para no someterse, para no ceder á la impresión dominante, y no inclinarse ante el hecho y no adorar á BAAL; esto es, para no considerar lo existente como un ideal.

Pero esto es un absurdo, diréis, es una divagación de enfermo, una excitación nerviosa, una exageración. Nadie se fija en eso—diréis—nadie considerará que en eso estriba el ideal. Además, el hambre y la servidumbre acaban por apo-

derarse de cada cual, y son los primeros inspiradores de la negación, las primeras engendradas de escepticismo. Los *dilletanti* ahitos, que se pasean para su recreo, pueden sin duda evocar imágenes del Apocalipsis ó ceder á sus nervios, exagerándose y explotando cada fenómeno, para excitarse provocando violentas impresiones...

Perfectamente—puedo responderos—supongamos que me arrastra el aspecto exterior, lo admito. Pero si sondeásteis el orgullo del espíritu potentísimo que ha creado ese ingente escenario, y la altiva convicción en que vive ese espíritu de su victoria y su triunfo; os habrá hecho estremecer su orgullo, su testarudez y ceguera; os habréis estremecido también pensando en aquellos cuyo ánimo penetra ese espíritu orgulloso, y en aquellos á quienes sujeta.

Junto á esa grandeza colosal, junto á esa altivez inmensa de un espíritu dominador, donde resplandece la perfección imponente de las creaciones de ese espíritu, una hambrienta criatura se azora á menudo, se somete, se humilla, busca la salvación en el *gin* y la crápula, y empieza á creer que ese es el orden natural de los acontecimientos.

Los hechos hieren; las muchedumbres tórnanse insensibles y siguen el ejemplo de la China; ó tal vez, si se ha engen-

drado el escepticismo, esos hombres sombríos y maldicientes, buscan la solución de sus daños en algo parecido al mormonismo.

Porque, sabido es que en Londres podréis ver las muchedumbres en número tan copioso y escenario tan singular como no es dado verlos en todo el universo. Decíanme, por ejemplo, que el sábado por la noche medio millón de obreros y obreras con sus chicos se esparcen como las aguas de un mar por toda la ciudad, agrupándose especialmente en ciertos barrios, y festejando el sábado durante toda la noche, hasta las cinco de la madrugada: esto es, comiendo y bebiendo como bestias, y de una vez para toda la semana. Eso devora todo el ahorro de los seis días, todo lo que se ganó con tantas penalidades y en medio de tantas maldiciones. Arde el gas á altas presiones en las tiendas de comestibles y en las carnicerías, iluminando intensamente las calles. Diríase que se organiza un baile para los negros blancos. La multitud se acumula en las calles y en las tabernas abiertas. Se come y se bebe. Las cervecerías están decoradas á guisa de palacios. Todo está sumido en la embriaguez, pero sin alegría; todo parece sombrío, y pesado, y extrañamente silencioso. Solo de vez en cuando invecti-

vas y riñas sangrientas vienen á turbar ese silencio sospechoso, que impresiona penosamente... Todas esas gentes beben hasta la pérdida de la razón... Las mujeres no se dejan vencer por los hombres, y se embriagan con sus maridos; los chiquillos corren y se arrastran entre ellos.

En una de esas noches, hacia las dos de la madrugada, me perdí una vez, y atravesé las calles en medio de la multitud innumerable de ese pueblo sombrío, preguntando mi camino casi por signos, pues no sé una palabra de inglés.

Recobré mi camino, pero la impresión, pero todo eso, era tan enorme, tan ostensible, que parecía que se tocara realmente de lo que antes solo pudo imaginarse.

No es el pueblo lo que véis ahí, es exclusivamente un deseo de olvidarse á sí mismos, deseo sistemático, deseo sumiso, deseo fomentado.

Y al ver á todos esos parias de la sociedad, uno tiene el presentimiento de que la profecía no se realizará todavía para ellos en muchísimo tiempo; que por dilatado espacio seguirán clamando al Todopoderoso:—;Hasta cuando, oh Señor!

Harto lo saben ellos, y se vengán en tanto de la sociedad valiéndose de los

mormones, los calenturientos y los vagabundos.

Nos maravilla una chifladura así: ¡convertirse en calenturiento ó vagabundo! y no comprendemos que eso no revela más que el deseo de separarse de nuestra fórmula social, deseo obstinado, inconsciente; deseo instintivo de apartarse á toda costa de nosotros, obsesión de fuga, negación llena de asco y horror.

Esos millones de seres, que figuran en las listas de proscripción, que han sido arrojados del festín humano, que se empujan y se aplastan en las tinieblas subterráneas á cuyo seno les precipitaron sus hermanos mayores, llegan á tientas á cualquier puerta y la golpean, buscando una salida para no ahogarse en la cerrazón del subsuelo.

Es la última tentativa desesperada para formar su grupo, su propia masa, y apartarse de todo, aunque fuera del humano arquetipo, para obrar á su antojo y no convivir con nosotros.

He visto otra vez en Londres á una muchedumbre parecida, que en parte alguna podría ser tan copiosa como aquí. El escenario era también particularísimo.

Todos los que hayan visitado Londres, habrán estado por lo menos una vez en Haymarket por la noche. En ese

barrio, durante la noche, las mujeres públicas se arraciman en algunas calles por millares. Haces de luz de que no tenemos idea iluminan las vías. Encuéntrense á cada paso soberbios cafés adornados de espejos y doraduras. Allí hay que ver las reuniones y los asilos.

Es un problema abrirse paso entre la muchedumbre. ¡Qué incoherente es su formación! Hay allí mujeres que se caen de viejas y mujeres de una belleza sorprendente, ante las cuales se detiene el transeunte estupefacto. Es imposible hallar en todo el mundo mujeres tan bellas como las inglesas. Todo ese gentío se empuja penosamente en las calles, se apretuja y vá amazacotándose. La ola humana desborda de la acera y embaraza toda la calle. Todo ese gentío anhela una presa y se arroja sobre el primero que llega, con impúdico cinismo.

Codéanse los vestidos ricos y brillantes con los harapos; infancia y senectud, todo se mezcla. En esa deplorable multitud se roza al vagabundo ébrio y se encuentra inmediatamente al rico linajudo. Óyense injurias, disputas, llamamientos, y el dulce murmullo atrayente de una beldad todavía tímida. ¡Y á veces de la belleza soberana!

Rostros de Keepsake. Acuérdome de haber entrado un día en un Casino. Re-

sonaba la música por los ámbitos. Se danzaba; divertíase un público considerable. El escenario era espléndido. Pero el sombrío humor de los ingleses no cambia en medio del placer; danzan con gravedad, y aun con aire melancólico, marcando apenas el paso, como si se moviesen en cumplimiento de un deber.

En lo alto, en la galería, distinguí á una muchacha y me detuve asombrado; no había visto en mi vida una belleza tan ideal. Estaba sentada á la mesa con un joven que parecía un rico gentleman, y no sería sin duda cliente asiduo del casino.

Quizás la había buscado y por fin se hallaron, quizás se habían dado cita allí. Hablaban poco y brevemente, como si no asomasen á sus labios las palabras que hubiesen deseado.

Pausas prolongadas interrumpían el coloquio. Además, ella estaba muy triste. Sus facciones eran finas, delicadas, pero había un no se qué concentrado y apesadumbrado en su hermosa mirada algo orgullosa; un no se qué pensativo y lánguido. Debía de ser tísica.

Era—imposible que no lo fuese—superior á esas desdichadas mujeres por su instrucción; de otro modo ¿qué expresaría el rostro humano? Y no obstante, bebía el *gin* que el joven había pagado.

Acabó él por levantarse, estrechóle

la mano, y se separaron. El joven salió del Casino; salió ella, enteramente vestida de color de rosa, llevando en sus pálidas mejillas las manchas ardientes que provoca el alcohol, y se perdió en la multitud de las mujeres de mala vida.

He visto en Haymarket madres que llevaban á sus hijas para venderlas. Chiquillas de once años le toman á uno por la mano, induciéndole á que las siga.

Recuerdo que un día ví en la calle, en mitad del gentío, á una niña que tendría á lo sumo seis años; venía harapienta, sucia, con los pies desnudos, descarnada y magullada; á través de los harapos aparecía su cuerpecillo lleno de cardenales. Dios sabe por qué se encontraba en mitad de aquellas gentes; tal vez tenía hambre. No le hizo caso absolutamente nadie.

Pero lo que más me impresionó, fué advertir en su rostro la huella de una pesadumbre tal, de tal desesperación sin posible remedio, que la visión de ese pequeño sér, agobiado por tanta maldición y desolación parecía algo contra naturaleza y causaba acerbísimo quebranto.

Balanceaba la cabeza desgreñada á uno y otro lado como si discutiese algo, separaba los bracitos, gesticulando; luego los reunía súbitamente y los cru-

zaba contra su seno esmirriado y desnudo. Volví sobre mis pasos y le dí medio shilling. Tomó la moneda; miróme con aire salvaje, con tímido asombro, y se echó precipitadamente á correr para atrás, como si temiese que le quitase el dinero. Por regla general, los temas son gocijados...

Y he aquí que una noche, en medio de la muchedumbre de mujeres perdidas y hombres torpes, me detuvo una mujer que se abría paso acelerando la marcha. Vestía de negro; llevaba un sombrero que le ocultaba casi todo el rostro; no tuve tiempo de examinarla: solo recuerdo su mirada penetrante.

Dijome algo que no pude entender, en mal francés; metióme en la mano un papelito y pasó adelante.

Examiné el papel junto á la ventana deslumbrante de un café: era cuadrado, y llevaba impresas en una de sus caras estas palabras:—¿Crees esto?—y al otro lado, siempre en francés:—«Soy la Resurrección y la Vida...»—y las palabras siguientes, hasta llenar varias líneas.

Concededme que el lance es original. Más adelante me explicaron que se trataba de una manifestación de la propaganda católica que avanza por todas partes, perseverante y tenaz. Ora se vale de papeles como el mío, distribuí-

dos por las calles, ora de libros que contienen extractos del Evangelio y de la Biblia. Repártenlos gratuitamente, obligan al transeunte á tomarlo, los encajan entre las manos.

Hay un sin fin de propagandistas, hombres y mujeres. La suya es una propaganda llena de interés y sagacidad. El sacerdote católico trabaja además por su parte, y procura insinuarse en las pobres familias de los obreros. Halla, por ejemplo, á algún enfermo tendido en un camastro, por el suelo, entre la humedad, rodeado de chiquillos locos de frío y de hambre, ve á la mujer hambrienta y á menudo borracha; pues alimenta, viste, calienta á toda esa gente, cuida al enfermo, le proporciona remedios, se convierte en Providencia de la familia y acaba por convertir á todo el mundo al catolicismo. A veces, después de la curación, le ponen de patitas en la calle insultándole y moliéndole á palos. No por eso desmaya; antes parte en busca de nuevos amigos. Póntenle otra vez de patitas en la calle; sóportalo todo y acaba por persuadir á alguien.

En cambio, el sacerdote anglicano no visita á los pobres. A los pobres no les está permitido entrar en su iglesia, pues no tienen con qué pagar su asiento en el banco. Las uniones entre obreros y,

en general, entre los pobres, son á menudo ilegales, porque el matrimonio cuesta demasiado caro. Estas uniones son de tal naturaleza que muchos maridos pegan bárbaramente á sus mujeres y las desfiguran por completo, sobre todo con el atizador de que se sirven para sacudir el carbón de la chimenea. Entre ellos este instrumento sirve para pegar.

Sus chiquillos, apenas salidos de la crianza, van á la calle á cada instante, se confunden con la multitud y acaban por no volver á casa de sus padres.

Los sacerdotes y obispos anglicanos son orgullosos y ricos, viven en parroquias prósperas y engordan con perfecta tranquilidad de conciencia. Son pedantísimos; gozan de la mayor instrucción y creen muy seriamente y muy gravemente en su porte estúpidamente moral, en su derecho de pregonar una moral sosegada y sin zozobras, de engordar y de vivir para los ricos. La religión anglicana es la religión de los ricos, y no lo disimula; por lo menos es lógica y sin posible trastienda. Esos profesores de religión, convencidos hasta la tontería, cuentan con ciertas diversiones: las misiones.

Dan la vuelta al mundo, penetran las más íntimas regiones del Africa, para convertir á un salvaje, y olvidan á los

millones de salvajes de Londres porque no tienen dinero para pagarlos. Pero los ricos ingleses y, por regla general, todos los becerros de oro de allá abajo son muy piadosos, sombríos, melancólicos y originales. A los poetas ingleses les ha gustado siempre celebrar la belleza de los presbiterios provincianos, á la sombra de encinas y olmos seculares, y sus mujeres virtuosas y sus niñas rubias, en cuyos ojos azules mora la belleza ideal...

Pero cuando ha pasado la noche y empieza el día, el mismo espíritu sombrío y altanero se cierne régicamente sobre la ciudad gigantesca.

Lo ocurrido durante la noche no le turba; lo que vé á su alrededor durante el día, no le turba tampoco. BAAL reina y no pide la ajena sumisión porque está seguro de ella.

Su fe en sí mismo no tiene límites; con desdén y sosiego reparte la caridad organizada, y luego es ya imposible turbar la confianza que se dispensa.

BAAL no se oculta á sí mismo, como París—por ejemplo—ciertos fenómenos salvajes, sospechosos y perturbadores de la existencia.

La miseria, el sufrimiento, el desagrado y la estupidez de la multitud no le causan la menor turbación; y desdño-